

CENTROAMERICANA

17

Cattedra di Lingua e Letterature Ispanoamericane

Università Cattolica del Sacro Cuore

2009



CENTROAMERICANA

Direttore: Dante Liano

Segreteria: Simona Galbusera
Dipartimento di Scienze Linguistiche
e Letterature Straniere
Università Cattolica del Sacro Cuore
Via Necchi 9 – 20123 Milano
Italy
Tel. 0039 02 7234 2920
Fax 0039 02 7234 3667
E-mail: dip.linguestraniere@unicatt.it

La pubblicazione di questo volume ha ricevuto il contributo finanziario dell'Università Cattolica sulla base di una valutazione dei risultati della ricerca in essa espressa.

Dei giudizi espressi sono responsabili gli autori degli articoli.

© 2009 EDUCatt
Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.72342235 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@unicatt.it (produzione); librario.dsu@unicatt.it (distribuzione)
web: www.unicatt.it/librario
ISBN: 978-88-8311-715-2
ISSN: 2035-1496

LA EST/ÉTICA DE LA GUERRA EN «EL HOMBRE DE MONTSERRAT» DE DANTE LIANO*

VALERIA GRINBERG PLA
(Bowling Green State University)

Novela negra, ética y estética

Sin duda hablar de una ética de la guerra siempre es cuestionable, pero sobre todo en el caso de una guerra como la que tuvo lugar en Guatemala por más de 30 años en la cual el Estado (con toda su parafernalia militar, paramilitar, judicial y policial) no solamente combatió a la guerrilla sino que se dedicó a exterminar sistemáticamente a la población indígena. En *El hombre de Montserrat* (1994)¹, Dante Liano, narra un episodio en la vida del Teniente García, un militar de rango intermedio, que participa activamente en la guerra. Creo entender que Dante Liano ofrece el punto de vista del victimario, que no por casualidad es un militar, como una forma oblicua de cuestionar la autoridad de las instituciones. Junto con la provocativa decisión de focalizar la narración en la experiencia de un militar, uno de los rasgos más interesantes de esta novela es – a mi entender – la ausencia de una voz narrativa que juzgue las acciones del Teniente García en particular, o de los militares en general. Por el contrario, el narrador de *El hombre de Montserrat* nos sumerge en el mundo de los personajes, especialmente del protagonista, por lo que nosotros, los lectores, vemos el acontecer socio-político de Guatemala a través de sus ojos. El

* Ponencia presentada en la I Conferencia de Literatura Centroamericana Contemporánea, FILGUA, Guatemala, julio de 2008. Agradezco los comentarios y sugerencias de los colegas presentes en la misma, de gran utilidad a la hora de reelaborar el trabajo a efectos de su publicación.

¹ Todas las citas de la novela corresponden a la siguiente edición: D. LIANO, *El hombre de Montserrat*, Piedra Santa, Guatemala 2005.

siguiente es un buen ejemplo de esta focalización a la que me refiero, en donde el narrador describe el estado de ánimo del Teniente García desde que éste ha tenido que regresar a la selva:

En la selva ya no dormía como si fuera de palo. En la ciudad, sí. En la ciudad soñaba mucho y no había poder de Dios que lo despertara. [...] En la selva dormía como los locos, que basta un suspiro para que se alebresten. Al mínimo ruidito desacostumbrado, ya estaba sentado, con la metralleta en mano. [...] Como locos dormían en la selva. Ya antes, cuando era cadete, había aprendido a dormir así (p. 119).

Sin embargo, y como veremos más adelante, esto no significa que el texto avale o justifique las acciones o motivaciones del Teniente García o del ejército guatemalteco. Lejos de ello, por medio de un realismo satírico, el escritor induce a los lectores a que saquen sus propias conclusiones siguiendo el modelo renacentista *docere, delectare, movere* pero poniendo el énfasis en la literatura como entretenimiento (es decir en el *delectare*), que al mismo tiempo conmueve e, indirectamente, enseña².

Así, en una escueta y breve narración que atrapa al lector por el suspenso de la trama policial, el humor y el uso del lenguaje coloquial, Dante Liano nos invita a seguir los pasos del Teniente García, quien intentará descubrir quién es el hombre que encontró muerto en Montserrat. En una palabra, Liano recurre a las estrategias más sobresalientes de la novela negra para poner en escena el mundo del Teniente García. El distanciamiento crítico no se lleva a cabo por medio de discursos ideológicos o sermones moralizantes, sino a través de una parodia caricaturesca, que coloca a *El hombre de Montserrat* no sólo en la tradición de la novela negra, sino también de la picaresca³. Amelia Simpson

² En efecto, Luis Aceituno ya ha señalado que *El hombre de Montserrat* retrata la violencia de los ochenta, pero distanciándose de “los tópicos más manidos de la llamada literatura de denuncia” (L. ACEITUNO, “Dante Liano, memorias de la guerra sucia”, en LIANO, *El hombre de Montserrat*, p. 159).

³ A este respecto comenta José Mejía que en *El hombre de Montserrat* “la ficción se basta a sí misma para fustigar un aparato represivo abominable, sin necesidad de un discurso ideológico

ha resaltado que la narrativa negra latinoamericana utiliza el género policial para reflexionar tanto sobre el género mismo y sus posibilidades como sobre la sociedad, recurriendo para ello a tres estrategias: el palimpsesto, el uso de la sátira y la circularidad de la violencia en donde los crímenes permanecen irresueltos⁴. Por su uso de la parodia, *El hombre de Montserrat* se inscribe en esta tendencia de la narrativa negra latinoamericana reciente, interesada en explorar la novela policial negra en tanto que matriz de escritura, en busca de una modalidad expresiva “más literaria” o “menos ideológica”, ostensiblemente distanciada de la llamada literatura comprometida de los setenta y ochenta, cuyo representante más emblemático sería el testimonio⁵. En este contexto, Dante Liano explora la veta satírica y humorística de la lengua coloquial de Guatemala, a tono con las observaciones de Ilan Staván sobre el uso del lenguaje vernáculo en la narrativa policial latinoamericana. En efecto, dicho investigador señala que lo que hace “placentera” y “divertida” la lectura de novelas policiales es precisamente “un diálogo continuo y alternado entre personajes...” y el uso de un “idioma pintoresco y nada elevado...”⁶.

La única instancia en toda la novela en la cual es posible leer justificaciones ideológicas o morales de la guerra forma parte de la trama, pues tiene lugar en forma de diálogo entre dos personajes: el Teniente García y su cuñado Tono⁷, quienes representan, respectivamente, la posición del ejército y de la guerrilla.

de apoyo” (J. MEJÍA, “La metáfora como buena conductora de mundo en *El hombre de Montserrat*”, *Centroamericana*, 2007, 12, p. 44).

⁴ A.S. SIMPSON, *Detective fiction from Latin America*, Fairleigh Dickinson University Press/Associated University Presses, Rutherford/London 1990, especialmente pp. 23-24; 125-126 y 139-141.

⁵ Utilizo comillas ya que soy consciente de que toda literatura, incluso el testimonio, es literaria (valga la redundancia). Sin embargo, mientras el discurso testimonial trata de borrar las marcas literarias para instalar la ilusión de una escritura que reproduce “auténticamente” la realidad (hasta el punto de que el testimonio ha sido leído por críticos como John Beverley como antiliteratura), la literatura policial, en tanto literatura de género, se inscribe ostensiblemente dentro de la literatura de entretenimiento, exhibiendo sus procedimientos literarios, es decir su literariedad. De manera similar, toda literatura es ideológica.

⁶ I. STAVAN, *Antihéroes. México y su novela policial*, Planeta, México 1993, p. 45.

⁷ Se trata de un diálogo que ambos mantienen cuando el Teniente lleva a Tono – quien está amenazado de muerte y debe escapar – hasta la frontera de México.

Así, por medio de la voz de dos personajes, se expresan dos posiciones ideológicas contrapuestas:

—¿Y cómo se metió en esto?— preguntó García, a quemarropa.

—¿Cómo por qué?, ¿no ve cómo está el país?

—Hecho mierda, a causa de ustedes.

—No, Chalie. La gente se viene muriendo de hambre desde antes que existiera la guerrilla.

—Ahora se muere de hambre y a balazos, mire la gracia...

—Mejor morir de una bala atravesada que de alboroto de lombrices, como los coches.

—Lo que ustedes quieren es el hueso y se acabó.

—Sí. El hueso, primero. Pero una vez en el poder se acaba la miseria, usted. Uno no se echa al monte porque tiene la ambición de ser alcalde, o juez, o lo que sea... Para eso basta sacar el título y saber venderse. Lo que pasa con ustedes, los militares, es que no saben lo que es un ideal. Por eso van a perder la guerra.

—No —reconoció García—. No sabemos lo que es un ideal. Pero no vamos a perder la guerra, Tono. Ninguna guerrilla le puede al Ejército Nacional. Porque estamos dispuestos a todo. Si hay que acabar con todos, a todos nos los echamos. Esa es nuestra ventaja: que no tenemos ideales. Para nosotros sólo existe la guerra. Y ganarla como sea. Ustedes se llenan la boca con la igualdad, la justicia, los derechos humanos y la democracia. Ustedes se llenan la boca con eso; nosotros nos limpiamos el culo (p. 115).

En este pasaje, el Teniente García no sostiene una postura ética, sino que afirma precisamente lo contrario: según él, el ejército no tiene ideales por lo que no se rige por ningún concepto ético. Lo interesante, como mencioné al principio de este trabajo, es que el narrador de la novela se abstiene de comentar esta postura, del mismo modo que tampoco comenta la postura del guerrillero o simpatizante de los guerrilleros, Tono.

En lugar de hacer una crítica explícita de la ética (o falta de ética) de los personajes y por extensión de los grupos sociales que representan, *El hombre de*

Montserrat se sirve de la estética de la novela policial negra⁸ para llevar a cabo un sutil crítica social por medio de un realismo satírico. En efecto, la narración es escueta y precisa, no abundan las descripciones prolongadas o los comentarios del narrador, gran parte de los eventos son relatados por medio del discurso directo y en los diálogos se utiliza de manera predominante el lenguaje coloquial. Entonces, por medio del diálogo entre los personajes y de una narración escueta, la trama avanza con rapidez, sumergiéndolo al lector en la vida cotidiana de un militar de rango intermedio durante los años más crudos de la guerra. En una palabra, Dante Liano explota las convenciones de la novela negra para retratar la vida cotidiana de la Guatemala de los ochenta y, concretamente, hacer una sátira del ejército y la policía.

La orquestación mediática de la guerra

Quisiera discutir brevemente las dos caras de la guerra descritas en la novela: la guerra en la ciudad de Guatemala y la guerra en la selva. En efecto, *El hombre de Montserrat* propone que en estos dos espacios el ejército opera con lógicas opuestas. Mientras que en la selva busca controlar a la población por el método más radical posible: sesiones públicas y generalizadas de tortura seguidas de matanzas de poblaciones enteras (es decir que recurre a la violencia directa e indiscriminada), en la ciudad, el ejército aplica la violencia a sectores específicos (en el ejemplo que discuto a continuación un grupo guerrillero que se esconde en una casa frente a la universidad). Así, en la ciudad, el ejército impone el terror por medio de una puesta en escena mediática de actos puntuales de violencia contra enemigos aislados. La guerra en la ciudad es un

⁸ Para una definición de la estética de la novela negra latinoamericana, véase el excelente ensayo de Mempo Giardinelli en el cual el autor señala que en América Latina “el género denuncia contradicciones sociales, explotación y violencia, y corrupción, e hipocresía” (M. GIARDINELLI, “The Hard-Boiled Detective Novel in Latin América”, en *Latin American Mystery Writers. An A-to-Z Guide*, D. LOCKHART (ed.), Greenwood Press, Westport 2004, p.xiii; mi traducción). En su opinión, eso es exactamente lo mismo que hacía la narrativa del realismo social, con la diferencia de que la novela negra, aunque describe la injusticia, suele evitar los sermones político-ideológicos y recurre, en cambio, a la parodia o la crítica existencialista.

espectáculo de televisión cuyo objeto es reafirmar un régimen del miedo y también demostrar que el ejército está en guerra únicamente contra otro grupo armado (la guerrilla). Por ende, el obvio mensaje es que la guerra se desarrolla de acuerdo a las reglas de juego de la guerra, es decir de un modo ético: defensa y ataque de dos grupos armados enfrentados en una relativa igualdad de condiciones. Así, *El hombre de Montserrat* sugiere que la puesta en escena de la guerra urbana por parte del gobierno tiene por objeto sobrecribir en la esfera pública las acciones de guerra en la selva, las cuales no siguen precisamente las convenciones de la guerra. Como veremos, Liano va incluso más allá en su crítica, sugiriendo que la violencia de la guerra (puesta en escena como la muerte de unos pocos “subversivos” en combate) es comercializada por el ejército como el precio que la población de la ciudad debe pagar para tener acceso a los bienes de consumo de la sociedad capitalista.

Esta idea se articula de manera singular en la escena en la cual el Teniente García participa en calidad de observador de la destrucción total de una casa ocupada por presuntos guerrilleros en el barrio de la universidad, cuando es invitado a ver el “espectáculo” del ataque por el asesor extranjero que ha diseñado la estrategia gracias a la cual pueden detectar casas de la guerrilla debido a su elevado consumo de agua y electricidad⁹. Esta escena, con todos sus detalles macabros, es filmada en vivo y en directo por las cámaras de televisión. El reportero que transmite el enfrentamiento, comienza su relato con las siguientes palabras:

—Aquí, Canal Uno, el Canal de los Grandes Espectáculos y su noticiero Qué Mundo, en donde se produce la noticia, transmitiendo en directo para el pueblo de Guatemala y teniendo delante nuestras cámaras, por una cortesía del Banco Inmobiliario y bajo el patrocinio de Cerveza Gallo, la cerveza de todos los guatemaltecos, el General Daniel Vargas, Comandante de la Base Mariscal Zavala, en el propio sitio de los acontecimientos [...] (p. 57).

⁹ La parafernalia militar incluye tanques, morteros, cañonazos y un despliegue de tropas y artillería dignos de una iniciativa de guerra internacional, según piensa el propio Teniente, quien exclama: “¡Ni que fuéramos a invadir Belice!” (p. 54). Aquí se observa, además, el humor negro y la ironía que atraviesan toda la novela.

Más adelante, el reportero continúa describiendo los pormenores del enfrentamiento del siguiente modo:

—[...] la casa ha quedado reducida a escombros, pero los delincuentes subversivos no se rinden. Este es el Canal Uno, transmitiendo en vivo y en directo y a todo color por una cortesía de los amables patrocinadores... atención, atención, ahora un grupo de soldados, espero que ustedes puedan verlos a través de las cámaras del noticiero Qué Mundo, siempre en el lugar en que se produce la noticia, que ustedes estén viendo... los soldados tratan de entrar pero otra vez son... otra vez, disparan desde la casa... están disparando... pueden ustedes ver... que retroceden... retroceden... un momento [...] (p. 65).

En mi opinión, lo primero que salta a la vista en el exaltado relato de los acontecimientos que hace el periodista es que se trata justamente de un enfrentamiento entre dos grupos armados, lo que implica que el ejército no ataca a personas indefensas, mostrando por ende una guerra “ética”. En segundo lugar, resulta sumamente interesante el lugar que ocupan los telespectadores en su relato: estos son equiparados al pueblo de Guatemala, el cual se encuentra en su casa, sentado cómodamente frente al televisor, posiblemente bebiendo cerveza Gallo. Esta construcción invita a pensar que si el pueblo guatemalteco no se involucra con la guerrilla, no será afectado por la violencia de la guerra. Desde la seguridad de su casa, el guatemalteco modelo puede consumir la guerra por TV y respirar tranquilo porque el ejército, que lo protege de la amenaza subversiva, tiene la situación bajo control.

Por último, la mención de los patrocinadores del noticiero, no sólo en las palabras introductorias, sino también de manera repetida a lo largo del noticiero (la segunda cita contiene un ejemplo), despliega ante los televidentes la seductora posibilidad del acceso al bienestar económico y a la propiedad privada, aludidos en la mención del Banco Inmobiliario. Al mismo tiempo, el relator parangona la despreocupación del ocio y el consumo, representados por la cerveza y, más adelante en el mismo pasaje, por el obligado Alka-Selzer (véase p. 59) que promete mitigar las consecuencias nefastas de los excesos hedonísticos del comer y el beber.

En la perturbadora puesta en escena mediática de la guerra urbana, el acceso al bienestar económico, al consumo y al ocio son la contracara de la violencia de la guerra. O, para expresarlo en los términos de la lógica del capital, el relato del reportero sostiene que la violencia de la guerra (la eliminación de los “subversivos comunistas”) es el precio necesario que la población guatemalteca debe pagar si quiere acceder a la promesa del bienestar socioeconómico. Entonces, esta novela de Dante Liano afirma que, más allá de la retórica oficial y explícita del Ejército sobre la finalidad de la guerra (léase defender la democracia, según indica el General Vargas en la entrevista que tiene lugar durante el ataque a la casa de los guerrilleros), la orquestación mediática de la guerra hace la siguiente propuesta a la población: ¿ustedes quieren tener acceso al bienestar económico que da el dinero? El precio que deben pagar es la guerra.

La reinscripción del testimonio de Rigoberta Menchú en el espacio público

En lo que respecta al otro espacio en el cual tiene lugar la guerra en Guatemala – la selva –, *El hombre de Montserrat* describe el modo en el que el Teniente García dirige una matanza de indígenas con todos los pormenores: la selección de cinco personas para ser interrogadas frente a todos los habitantes del pueblo congregados a la fuerza con el fin de presenciar las torturas y el asesinato, la quema pública de los cinco indígenas acusados de colaborar con la guerrilla, las súplicas de la gente y sus caras horrorizadas, la separación de todos los habitantes de la aldea en dos grupos de acuerdo al sexo para encerrarlos, respectivamente, en una iglesia y en una escuelita, el asesinato de todos ellos usando armas blancas y por último el incendio de la aldea.

En esta descripción resuena, a su vez, el racconto de Rigoberta Menchú sobre la “Tortura y muerte de su hermanito quemado vivo junto con otras personas delante de los miembros de la comunidad y familiares” en su clásico testimonio *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*¹⁰ y su carga ideológica reside, en parte, en este hecho. Dante Barrientos Tecún apunta que

¹⁰ E. BURGOS, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Siglo Veintiuno Editores, México 1985.

este “registro cercano al testimonio” en *El hombre de Montserrat* pone en escena un “crimen desmesurado” en comparación con el cual, la solución de crímenes individuales (como el que intenta infructuosamente de solucionar el Teniente García), pierden centralidad¹¹.

Es interesante cómo, por medio de este palimpsesto, la novela de Liano pone en escena nuevamente la narración de Rigoberta Menchú sobre la muerte de su hermanito, una narración que críticos como David Stoll¹² han intentado desacreditar, con el objeto de borrarla de la escena pública. Curiosamente, en 1996, Rodrigo Rey Rosa también inscribe el testimonio de Rigoberta Menchú sobre la masacre de Chajul en su novela *Que me maten si...* Como bien nota Misha Kokotovic, la referencia al testimonio de Menchú no es central en la novela de Rey Rosa, pero su reaparición en el contexto de la ficción es una forma de seguir confrontando a los lectores con las atrocidades de los ochenta¹³.

El hombre de Montserrat es, en ese sentido, un claro ejemplo de los modos en los cuales la ficción literaria puede intervenir en el espacio público, participando en álgidos debates sobre las masacres indígenas perpetradas por el ejército en Guatemala durante la década del ochenta, sin recurrir a las estrategias moralizantes de la literatura comprometida¹⁴.

Por el contrario, en esta novela de Liano, el relato de la matanza indígena está salpicado de breves comentarios descriptivos, como por ejemplo:

¹¹ D. BARRIENTOS TECÚN, “Los juegos de ‘myse en abime’ en *El hombre de Montserrat* de Dante Liano”, en LIANO, *El hombre de Montserrat*, p. 178.

¹² D. STOLL, *Rigoberta Menchú and the Story of all poor Guatemalans*, Westview Press, Boulder 1999.

¹³ M. KOKOTOVIC, “Neoliberal Noir. Contemporary Central American Crime Fiction as Social Criticism”, en *Clues. A Journal of Detection*, 24 (Spring 2006), 3, p. 22.

¹⁴ En su ya citado ensayo, Misha Kokotovic llama la atención sobre el alejamiento de la novela negra centroamericana reciente del testimonio, género que suele ser parodiado por dicha narrativa (*Ibi*, p. 16). Esta novela de Liano se distancia claramente de la literatura testimonial, sin embargo su reinscripción del testimonio de Rigoberta Menchú en la novela no es paródica. Por el contrario, en tanto que palimpsesto buscado, su objetivo es que las huellas testimoniales sean legibles a través del relato ficcional.

García apenas daba órdenes. El ritual era el mismo y los soldados ya estaban habituados (p. 129).

Los kaibiles se enfurecían al ver la sangre. La gente gritaba y eso a ellos más bravos los ponía (p. 130).

Había un detalle que siempre le llamaba la atención al Teniente García: la cantidad de sangre que contiene el cuerpo. Litros y litros. Al final, en la escuelita, se había formado una poza (p. 130).

Finalmente, la descripción del estado de ánimo de los soldados después de la matanza señala que “[...] iban cansados. Muy cansados. Porque matar gente cansa. Al principio, tenía la diversión de lo nuevo; luego, repitiéndolo, cansaba como todo oficio” (p. 131).

Como señalé al comienzo del presente ensayo, el narrador no juzga en ningún momento al protagonista por su participación en los hechos, ni tampoco al ejército como institución responsable. Simplemente, ofrece una narración pormenorizada de un hecho de guerra, en abierto contraste con la guerra tal y como se la muestra por televisión. Al lector le corresponde sacar sus propias conclusiones.

El círculo vicioso de la violencia

Si la novela negra en América Latina usualmente se centra en crímenes contra personas cometidos con el aval o la tolerancia de instituciones corruptas – con excepción de la novela negra cubana en la que los crímenes son cometidos en contra del Estado –¹⁵, *El hombre de Montserrat* directamente nos muestra los crímenes cometidos por el Estado, de modo que su investigación (y solución) es casi un imposible, ya que dichos “crímenes” no son vistos como tales.

Como en otras novelas recientes centroamericanas que recurren a las convenciones y a la estética de la novela negra (piénsese por ejemplo en *Managua, Salsa City* ¡Devórame otra vez!) de Franz Galich) para producir una ficción crítica de la realidad social durante la guerra o la posguerra, *El hombre de Montserrat* no cuenta con la figura de un detective típico, es decir

¹⁵ Véase P. BRAHAM, *Crimes against the state, crimes against persons: detective fiction in Cuba and Mexico*, University of Minnesota Press, Minneapolis 2004.

un hombre solitario, cínico pero idealista, que cree en la justicia a pesar de la corrupción de la policía y los políticos, que se enfrentará tanto a los criminales como al sistema en el curso de su investigación¹⁶. Glen Close llama la atención sobre el hecho de que estos detectives ofrecen un polo positivo de identificación a los lectores, al tiempo que operan como mediadores entre el crimen y el lector¹⁷. Para decirlo de otro modo, mientras exista un tipo duro pero humano que arriesgue el pellejo para restituir la justicia, no todo está perdido. Por ende, Close sostiene acertadamente que la ausencia del detective en la novela negra deja al lector totalmente desamparado en el medio de una sociedad violenta y corrupta. En el caso de la novela en cuestión de Dante Liano, donde la máxima violencia es perpetrada impunemente por el Estado, el desamparo toma dimensiones extraordinarias: como en *El hombre de Montserrat* los peores criminales son los militares y los policías, sinécdoque del Estado, nos encontramos con una anulación de la tradicional dicotomía del género policial: criminales versus Estado. Por este medio, la novela insiste en la total falacia de las instituciones en Guatemala durante los años ochenta.

Aunque *El hombre de Montserrat* prescinde, como hemos visto, de la figura prototípica del detective, el Teniente García asume a su manera dicho rol, ya que (y este es el episodio que desencadena la trama) – al encontrarse con un cadáver de camino a su trabajo – siente curiosidad por averiguar quién es el muerto porque le ve cara conocida. Pero mientras el detective típico de la novela negra norteamericana suele ser un héroe, el Teniente García, lejos de ser una figura heroica, es más bien un personaje tragicómico¹⁸.

¹⁶ Duro y al mismo tiempo humano, Belascoarán Shayne, detective creado por el escritor mexicano Paco Ignacio Taibo II, o Heredia, protagonista de las novelas negras del escritor chileno Ramón Díaz Eterovic, son buenos ejemplos de este prototipo. En el contexto centroamericano, algunos de los personajes ideados por Rafael Menjívar Ochoa (el policía protagonista en *Cualquier forma de morir*; el periodista que narra *De vez en cuando la muerte*), responden a la figura del detective *hard-boiled*.

¹⁷ G.S. CLOSE, “The Detective is Dead. Long Live the Novela Negra”, en *Hispanic and Luso-Brazilian Detective Fiction. Essays on the Género Negro Tradition*, McFarland & Company Inc., London 2006, p. 155.

¹⁸ Mempo Giardinelli, en su ya citado ensayo, subraya esta característica de los detectives en la novela negra latinoamericana (GIARDINELLI, “The Hard-Boiled Detective Novel in Latin América”, p. xxxiii).

El Teniente García constatará que el cadáver de Montserrat ha sido omitido del informe con la lista de muertos que la policía envía diariamente al ejército. A partir de este descubrimiento y movido por la curiosidad, tendrá diversos problemas que culminarán con su destinación forzada a lo más candente de la guerra en la selva. Dado que el espíritu detectivesco (que lo lleva a querer averiguar la identidad del hombre de Montserrat) es el detonante del infeliz encadenamiento de sucesos por el cual es enviado a la selva, es casi imposible para el pobre García no asociar sus deseos de investigar con las consecuencias nefastas que estos tuvieron en su vida. Efectivamente, al final de la novela, el protagonista vuelve a pasar por delante de un muerto, pero esta vez no se detiene. Es decir que ha aprendido la lección y esta vez su deseo de tranquilidad prevalece.

Como resultado de su experiencia anterior, el Teniente García ha perdido otro resto de humanidad, interiorizando un nuevo mandato: “No te metás en lo que no te importa”. Así, el otro mensaje que se deduce de sus desventuras es “cuidate de la víctima”, como bien ha apuntado Dante Barrientos Tecún¹⁹. Esta inversión de las categorías de la clásica oposición verdugo/víctima insiste una vez más sobre el colapso de los valores fundamentales de la justicia en la Guatemala de los ochenta, reafirmando la imagen de un mundo del revés, en el cual los crímenes no solamente no tienen solución²⁰, sino que son perpetrados impunemente por el Estado y sus representantes.

Por otra parte, la circularidad de la novela es otro indicador del círculo vicioso de la violencia de la guerra y de cómo dicho círculo se estrecha cada vez más en torno a los personajes. Consecuentemente, el detective improvisado en el que se convierte el Teniente García no logra averiguar con certeza quién y por qué es el asesino del hombre de Montserrat. Así, el mismo concluye que “[d]e toda esa historia lo único cierto eran la muerte, el exilio y la selva”, porque “[l]e habían dicho tantas mentiras, que la nueva versión podía ser una más” (p. 147).

¹⁹ BARRIENTOS TECÚN, “Los juegos de ‘myse en abime’ en *El hombre de Montserrat* de Dante Liano”, pp. 161-183.

²⁰ Como señalé más arriba, esta es – según Amelia Simpson – una de las características distintivas de la novela negra en América Latina (SIMPSON, *Detective fiction from Latin America*).

Lo inquietante de la figura del Teniente García es que, al asumir el rol del detective en la novela, se convierte en el único polo posible de identificación para los lectores. En definitiva, la perturbadora pregunta que *El hombre de Montserrat* nos hace es: ¿hasta qué punto estamos dispuestos a ser cómplices del Teniente García y avalar, por tanto, la reproducción del circuito de impunidad y violencia?

EDUCatt
Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.2235 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@unicatt.it (produzione); librario.dsu@unicatt.it (distribuzione)
web: www.unicatt.it/librario
ISBN: 978-88-8311-715-2

ISSN: 2035-1496

€ 6,00